

EDITORIAL

Junto a la publicación del volumen 36 de *Estudios Atacameños, Arqueología y Antropología Surandinas*, correspondiente al segundo semestre de 2008, queremos compartir con nuestros lectores el gran logro que significa tanto para nuestro Instituto de Investigaciones Arqueológicas, como para la Universidad Católica del Norte y las ciencias antropológicas desarrolladas desde nuestros márgenes, la inclusión de la revista en los importantes índices y plataformas Thomson Reuters/Arts and Humanities Citation Index, Ebsco Publishing Inc. y CEPIEC Socolar. Sin duda, este hecho es un reconocimiento a la calidad que ha alcanzado *Estudios Atacameños, Arqueología y Antropología Surandinas*. Esta calidad es el resultado del trabajo compartido de quienes conformamos el equipo editorial, pero más aún, del alto nivel que ha alcanzado la investigación antropológica y arqueológica en el surandino, plasmado en los manuscritos que hemos publicado. Sinceramente agradecemos a todos los autores por considerarnos para presentar aquí su trabajo.

También, de enorme valor para este equipo editor, es que junto con aumentar de manera significativa nuestra visibilidad en el universo científico que nos compete, se reafirme nuestra política editorial que se ha caracterizado, entre otras cosas, por priorizar la presentación de nuevos datos y abrir las puertas a miradas alternativas a los fuertes modelos que han predominado —muchas veces de manera impositiva— en la construcción de la prehistoria, historia e identidad de los pueblos andinos del sur.

Bien, en este volumen hemos reunido una serie de novedosos y variados artículos que iniciamos con la presentación, por parte de Hugo Jacobaccio, María Paz Catá, Patricia Solá y María Susana Alonso, de notables representaciones rupestres en la Puna jujeña —y que hemos elegido para esta portada—, asignadas a cazadores recolectores holocénicos medios y tempranos, que los autores someten a análisis fisicoquímicos. Sus resultados les permiten reconstruir las técnicas con que fueron realizadas así como ofrecer nuevas posibilidades interpretativas respecto de la distribución espacial y cronológica de los motivos que componen dichas representaciones. A continuación, María Antonietta Costa, Agustín Llagostera y José A. Cocilovo realizan un estudio de los tipos de modificaciones intencionales de los cráneos de los individuos enterrados en el cementerio Coyo Oriente, uno de los sitios clave del período Medio en San Pedro de Atacama que fuera excavado hace décadas por Le Paige. Lo anterior, sumado a un análisis de los contextos relacionados y a cinco nuevos fechados absolutos, lleva a concluir a los autores que el cementerio fue ocupado por una misma población por cerca de 700 años, hasta ser abandonado a inicios del período Intermedio Tardío. Posteriormente, el tema de la minería prehispánica en Atacama es tratado por Diego Salazar, quien presenta nuevos datos para esta actividad durante el período Tardío en la localidad de El Abra. La realización de todo el proceso productivo del mineral habría estado bajo el control del *Tawantinsuyo*, para el cual los diversos productos habrían tenido un rol fundamental al satisfacer las demandas locales y de ese modo asegurar la presencia y el funcionamiento del aparato estatal incaico en Atacama.

En esta ocasión hemos incluido también un estudio de arte rupestre realizado por José Castelleti en el norte semiárido de Chile, muy diferente al de los autores que inician este volumen. Castelleti, considera una serie de variables para estudiar los distintos motivos analizando su emplazamiento e interrelación, todo dentro de un marco general andino, con lo cual finalmente propone que el lugar que exhibe este tipo de representaciones rupestres fue sacralizado, llegando a constituir para las poblaciones locales en tiempos tardíos un referente identitario y territorial. Complementando esta variada selección, continúa Carmen Beatriz Loza con un excelente análisis histórico de las contradictorias percepciones que los bolivianos han tenido acerca del gigantesco monolito de piedra conocido como “Bennett”, procedente de Tiwanaku, para simbolizar su nación. Finalmente, y relacionado con los temas tratados por los dos autores anteriores, Juan Angel Aedo explora cómo los habitantes aymara de Isluga –en el Altiplano de la región de Tarapacá– perciben su entorno y conforman su territorio.

Esperamos que nuestros avances editoriales y las publicaciones que les ofrecemos en esta oportunidad sigan contribuyendo a generar discusión, tan necesaria en el desarrollo de toda idea, hipótesis, modelo y disciplina.

La Editora